

Homilía de Segundo Domingo de
Cuaresma

Año litúrgico 2009 - 2010 - (Ciclo C)

“Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos.”

Introducción

El camino hacia la Pascua, como el de nuestra propia vida, puede resultarnos en ciertos momentos arduo de recorrer y necesitamos hacer un alto para recobrar fuerzas.

El evangelio de hoy nos invita a abandonar la aridez y las dificultades del desierto, que veíamos el domingo pasado. Con Jesús, como Pedro, Santiago y Juan, ascenderemos a la montaña para orar y, quizás, logremos intuir a través del resplandor de la Transfiguración algo de su luz de gloria, prenda de nuestra resurrección futura.

La Palabra de Dios en la primera lectura y en el fragmento de la carta a los filipenses son también fuente de luz y de esperanza en nuestro caminar. Las carencias del desierto se convierten y transforman en la promesa fiel y generosa de Dios de otorgar a Abraham una descendencia tan numerosa como las incontables estrellas del cielo y una tierra fértil y próspera. Y Dios sella su promesa con una alianza irrevocable (1a lectura). San Pablo afirma con fuerza nuestra auténtica y definitiva ciudadanía: somos “ciudadanos del cielo”. Hemos sido salvados por el Señor Jesús y creemos que nos asociará a su plenitud de vida, nos conformará a su imagen, cuando transforme “nuestra condición humilde según el modelo de su condición gloriosa”.

Pero, como los discípulos que fueron testigos de la revelación luminosa de la transfiguración de Jesús en el monte y bajaron de allí para seguir la marcha con su Maestro, también nosotros tendremos que bajar de nuevo al valle, lugar de la misión cotidiana. Ese es el espacio en el que continuamos el seguimiento tras el Señor hacia Jerusalén y en el que estamos llamados a reconocer su imagen en tantos rostros desfigurados por el dolor, la injusticia, el hambre, las catástrofes naturales, el maltrato de la vida y de unas personas hacia otras.



Hna. Carmina Pardo
Benín

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 15, 5-12. 17-18

En aquellos días, Dios sacó afuera a Abrán y le dijo: «Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas». Y añadió: «Así será tu descendencia». Abrán creyó al Señor y se le contó como justicia. Después le dijo: «Yo soy el Señor que te saqué de Ur de los caldeos, para darte en posesión esta tierra». Él replicó: «Señor Dios, ¿cómo sabré que voy a poseerla?». Respondió el Señor: «Tráeme una novilla de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón». Él los trajo y los cortó por el medio, colocando cada mitad frente a la otra, pero no descuartizó las aves. Los buitres bajaban a los cadáveres y Abrán los espantaba. Cuando iba a ponerse el sol, un sueño profundo invadió a Abrán y un terror intenso y oscuro cayó sobre él. El sol se puso y vino la oscuridad; una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados. Aquel día el Señor concertó alianza con Abrán en estos términos: «A tu descendencia le daré esta tierra, desde el río de Egipto al gran río Éufrates».

Salmo

Sal 26, 1. 7-8a. 8b-9abc. 13-14 R. El Señor es mi luz y mi salvación.

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar? R/. Escúchame, Señor, que te llamo; ten piedad, respóndeme. Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro». Tu rostro buscaré, Señor. R/. No me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio; no me deseches. R/. Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Filipenses 3, 17 – 4, 1

Hermanos, sed imitadores míos y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros. Porque —como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos— hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas; solo aspiran a cosas terrenas. Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo. Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 9, 28b-36

En aquel tiempo, tomó Jesús a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto del monte para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de resplandor. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su éxodo, que él iba a consumir en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño, pero se espabilaron y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras estos se alejaban de él, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». No sabía lo que decía. Todavía estaba diciendo esto, cuando llegó una nube que los cubrió con su sombra. Se llenaron de temor al entrar en la nube. Y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo». Después de oírse la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por aquellos días, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

Comentario bíblico

La Transfiguración: una experiencia intensa de Dios

Las lecturas de este segundo domingo de Cuaresma están enmarcadas en unos simbolismos que son propios de unos tiempos lejanos, donde lo religioso, lo legendario, lo mítico y lo real se dan cita en la búsqueda constante por el sentido de la vida, por el futuro y por aquellos aspectos que nos trascienden, que van más allá de lo que cada día sentimos y vivimos.

Iª Lectura: Génesis (15,5-18): Promesa y Alianza a los que se fían de Dios

I.1. En esta lectura de hoy se nos presenta a Abrahán al que se le da a contar las estrellas del cielo para significar que todos los que se fían de Dios serán su pueblo, su familia. Eso es lo que se quiere representar muy especialmente y ese es el sentido de la “alianza” que Dios hace con él. La narración es muy del estilo bíblico, recuerda incluso la revelación de Yahvé en el Éxodo, pero aplicada a Abrahán llamándolo desde su tierra babilónica. El drama del padre del pueblo lo resuelve Dios prometiéndole alianza, y en ella, un hijo, porque la alianza no puede perdurar sino de generación en generación. Es un relato ancestral en algunos aspectos, pero actualizado con el tema del compromiso de Dios por medio del berit (alianza). La teología se impone, desde luego, a la narrativa, en todos los aspectos. La “intriga” del relato se resuelve en promesa; la angustia del padre creyente encuentra en Dios lo que la vida de cada día no le ofrece: un hijo, un futuro, un nombre de generación en generación.

I.2. Algunos elementos de esta narración solamente pueden ser del narrador creyente, el elohista, (aunque los vv. 5-6 sean de la tradición yahvista) que adelanta en Abrahán una experiencia y un sentido de lo religioso que es muy posterior en Israel. Otro texto de la alianza con Abrahán lo tenemos en Gn 17 (pero este relato es de la tradición sacerdotal). Abrahán no podía ser tan definitivamente “monoteísta”, pero eso no quiere decir que el relato no tenga todos los ingredientes religiosos de la antigüedad para poner de manifiesto que en la vida lo religioso cuenta mucho. La fe tiene que ver con el ser humano y con el misterio de la vida y de la descendencia. El hombre no puede darse un futuro por sus propias fuerzas. Abrahán, desde su religión de dioses o Dios familiar no le queda más que contemplar las estrellas; es un signo de que Alguien conduce nuestra existencia. Bajo el símbolo del animal dividido, en rito ancestral, pasa Dios bajo el símbolo de la brasa encendida.

I.3. Vemos, en nuestra lectura, una iniciativa exclusivamente divina, es, lo que se ha llamado un compromiso “unilateral” de Dios; aunque bien es verdad que se cuenta con la confianza (emunah) del padre del pueblo. La teología de la alianza, como sabemos, es determinante en el pueblo bíblico, y aunque la alianza más originaria es la del Sinaí, para sellar la liberación de Egipto, tampoco podía faltar un signo que expresara la alianza y el compromiso de Dios con el padre de un pueblo de creyentes. Así lo verá muy acertadamente San Pablo en su carta a los Gálatas (Gal 3) cuando considera que las promesas que se hicieron a Abrahán se cumplen cuando todos los hombres, judíos o paganos, puedan formar parte de ese pueblo, sencillamente por la fe en Dios, como Abrahán.

IIª Lectura: Filipenses (3,17-4,1): La Transfiguración de Pablo por la Cruz

II.1. Nuestra lectura tiene unas resonancias bien características: Pablo invita a la comunidad a que sea imitadora de sus sentimientos, y no seguidora de sus adversarios, que son enemigos de la cruz de Cristo. Porque es la cruz de Cristo, a pesar de su aparente fracaso, lo único que nos garantiza una vida verdadera, una vida que va más allá de la muerte, y que nos hará ciudadanos del cielo. El Dios de la cruz es el único que puede transformar nuestra historia, nuestros anhelos, nuestros fracasos, nuestra debilidad en un grito de libertad y de vida más allá de esta historia, porque es el único Dios que se ha comprometido con la humanidad.

Evangelio: Lucas (9,28-36): La Transfiguración desde la oración

III.1. ¿A dónde nos lleva el evangelio de hoy? Si seguimos el texto en sus inicios: subió al monte a orar. Esto es muy propio de Lucas y siempre en momentos importantes de la vida de Jesús. No hay nombre para el monte en ninguno de los evangelistas (cf Mt 17,1-9; Mc 9,2-10). El evangelista Lucas, a su manera, quiere asomarnos, por un pequeño instante, con los discípulos, a esa vida que no está limitada por nada ni por nadie. Quien escucha, hoy, en este domingo de Cuaresma, este pasaje del evangelio quedará sorprendido, porque no le será fácil entender todo lo que en él acontece. Pero debemos pensar que Lucas, recogiendo la tradición de Marcos, que es el primer evangelista que la asumió de otros, sabe que en su comunidad habrá dificultades para entenderla. De todas formas ha limado un poco su lenguaje y su intención catequética. La Transfiguración es una escena llena de contenidos simbólicos. Es como un respiro

que Dios le concede a Jesús en su camino hacia Jerusalén, hacia la pasión y la muerte, con objeto de que alcance a experimentar un previamente la meta. Solo desde la oración, entiende Lucas, es posible vislumbrar lo que sucede en el alma de Jesús. Ese coloquio que Jesús mantiene con los personajes del Antiguo Testamento, Moisés y Elías, representan la Ley y los Profetas y con ellos se entabla un diálogo en profundidad sobre su “partida” (éxodo), sobre su futuro, en definitiva, sobre su muerte.

III.2. La Transfiguración, pues, quiere ser una preparación para la hora tan decisiva que le espera a Jesús. Los discípulos más conocidos acompañan a Jesús en este momento, como sucederá también en el relato de Getsemaní, en el momento de la pasión, pero tanto aquí como allí, el verdadero protagonista es Jesús, porque es él quien afronta las consecuencias de su vida y del evangelio que ha predicado. No obstante, aquí los discípulos se ven envueltos en una experiencia profunda, trascendente, que les hace evadirse de toda realidad. Dos personajes, Moisés y Elías, que subieron cada uno en su momento al Sinaí para encontrarse con Dios, ahora se hacen testigos de esta experiencia. La presencia de estos personajes “adorna” la escena, pero no la llenan. En realidad la escena se llena de contenido con la voz divina que proclama algo extraordinario. Quien está allí es alguien más importante que Moisés y Elías, la Ley y los Profetas ¡que ya es decir! En realidad la escena se configura sencillamente con un “hombre” que ora intensamente a Dios para que no le falten las fuerzas en su “éxodo”, en su ida a Jerusalén. Todo en un monte que no tiene nombre y que no hay que buscarlo, aunque la tradición posterior haya designado el Tabor.

III.3. Todo ha sucedido, según san Lucas, “mientras oraba”. Esto es especialmente significativo. Estas cosas intensas, espirituales, transformadoras, no pueden ocurrir más que en la otra dimensión humana. Es la dimensión en la que se revela que, sin embargo, el Hijo de Dios está allí. Los discípulos han vivido algo intenso, algo que no se esperaban (aunque de ellos no se dice que oren y esa es una diferencia digna de tener en cuenta); pero Jesús, que ha vivido esta experiencia más intensamente que ellos, sin embargo, sabe que debe bajar del monte misterioso de la Transfiguración para seguir su camino, para acercarse a los necesitados, para dar de beber a los sedientos y de comer a los hambrientos la palabra de vida. Su “éxodo” no puede ser como le hubiera gustado a Pedro, a sus discípulos, que pretenden quedarse allí instalados. Queda mucho por hacer, y dejar huérfanos a los hombres que no han subido a las alturas espirituales y misteriosas de la Transfiguración, sería como abandonar su camino de profeta del Reino de Dios. Probablemente Jesús vivió e hizo vivir a los suyos experiencias profundas; la de la transfiguración que se describe aquí puede ser una de ellas, pero siempre estuvo muy cerca de las realidades más cotidianas. No obstante, ello le valió para ir vislumbrando, como profeta, que tenía que llegar hasta dar la vida por el Reino.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

Doble faceta de la Transfiguración

La escena de la Transfiguración muestra dos facetas: la gloriosa y dolorosa íntimamente unidas, la cara y cruz de la misma moneda.

A primera vista, el relato evangélico puede deslumbrarnos por los destellos de luz que de él se desprenden. El velo que oculta la divinidad de Jesús se rasga, y los discípulos entreven un anticipo fugaz de la gloria de la resurrección de su Maestro, descrita con una gran riqueza de imágenes. La gloria, manifestación visible de la presencia de Dios, se transparenta a través del cambio que se produce en el rostro glorioso de Jesús y en sus vestidos de un blanco resplandeciente. Moisés y Elías, prototipos de la ley y los profetas, aparecen con gloria. Los discípulos, envueltos en la nube, entran también a participar de la gloria del transfigurado.

Sin embargo, el evangelio de Lucas arroja, al mismo tiempo, luz sobre la faceta dolorosa. El relato se halla situado entre el primer y segundo anuncio de Jesús a los discípulos de su pasión y muerte. En el mismo capítulo, Lucas narra que el Señor baja del monte y emprende el camino doloroso de su subida a Jerusalén. Allí ascenderá para morir a otro monte, el del Calvario. Además, el evangelista explicita el tema sobre el que versa la conversación entre el transfigurado, Moisés y Elías: la “partida”, es decir la muerte, que Jesús iba a consumir en la ciudad santa.

Ambas facetas, la de la cruz y la de gloria, la de la muerte y la resurrección, muestran el claroscuro del camino pascual de Jesús, que ilumina nuestro caminar creyente. ¿Dónde experimentamos este claroscuro en nuestra vida? ¿Cuáles son las transfiguraciones que hemos de vivir personal y comunitariamente, para que aparezcan signos esperanzadores de la nueva humanidad y la nueva tierra? ¿Cuáles son los rostros desfigurados que necesitan transfiguraciones?

Dos reacciones muy humanas

Cuando la desgracia nos alcanza, deseamos que pase pronto; nos cuesta recibir la visita del dolor bajo cualquiera de sus rostros: enfermedad, fracaso, soledad... Pero, cuando vivimos momentos de felicidad y de gozo, nos gustaría poder eternizarlos y que el tiempo se parase. Seguramente, reconocemos en las palabras de Pedro un eco de las nuestras: ¡qué bien estamos aquí!, ¡qué hermoso es lo que estamos viviendo!, ¡qué a gusto nos encontramos en este ambiente o con estas personas!...

Tal vez, a ambas reacciones, la de huir del dolor y la de retener la felicidad, responde el deseo expresado por Pedro: “Maestro, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas...” Los discípulos no habían entendido nada del primer anuncio de la pasión y tampoco entenderán más de los siguientes: “nada de esto comprendieron,(...) no entendían lo que decía” (Lc 18, 34).

Sin embargo, Pedro no puede desviar a Jesús del cumplimiento de su misión, no lo puede detener en el monte de la transfiguración, cuando va a iniciar su éxodo hacia el Padre, que pasa necesariamente por el trago amargo de su pasión y muerte, antes de alcanzar la glorificación definitiva en su resurrección.

¿En qué reacciones de Pedro nos reconocemos cada uno y cada una, y comunitariamente? ¿Cómo procesamos evangélicamente el fracaso y el dolor que aparecen en nuestro camino cristiano?

La revelación del Padre

Es el punto culminante del relato lucano. La gloria de Jesús, que se manifestó en el bautismo en el Jordán y que ha permanecido velada en su humanidad, irrumpe de nuevo en la Transfiguración. La voz de Dios Padre proclama que el transfigurado es su Hijo, su Elegido (título mesiánico), pero esta revelación divina solamente podrá ser comprendida en plenitud tras la resurrección.

Pedro, Santiago y Juan se hallan, de repente, envueltos por una nube misteriosa, símbolo de la presencia de Dios que cubre y protege a los tres discípulos, como cubría la tienda del Encuentro en la que Moisés hablaba con Dios como con un amigo. Sólo, penetrando en la nube serán capaces de escuchar la voz del Padre que revela la condición divina de su Hijo: “Este es mi Hijo, el Elegido”.

Parémonos, leamos de nuevo lentamente el relato, para caer en la cuenta de nuestra vocación de hijos e hijas de Dios en el Hijo. Pidámosle al Padre la fuerza de defender siempre la dignidad de sus hijos, especialmente, los mas necesitados.

Escuchar al Hijo

La voz que oyen en la nube, explicita además un mandato “Escuchadlo”. Dios Padre pide a los testigos de la transfiguración y nos pide a nosotros que escuchemos a su Hijo. Escuchar implica estar atentos, prestar atención a lo que hemos oído, sintonizar con los sentimientos de la persona que habla. Un rasgo se une en el relato a la revelación de Dios: “guardaron silencio”.

Vivimos muchas veces con prisas, aturridos por muchas palabras vacías y nos resulta difícil encontrar tiempo para escuchar a Dios y a las personas. Tal vez fuera bueno hacer la experiencia del silencio. Ahí, en ese habitar el silencio y en la oración, podremos afianzar nuestra fe y esperanza y encontrar el aliento necesario para aportar luz, ánimo y consuelo a quienes viven desfigurados por la vida.



Hna. Carmina Pardo
Benín

Evangelio para niños

II Domingo de Cuaresma - 28 de Febrero de 2010



Transfiguración del Señor

Lucas 9, 28b-36

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron con gloria; hablaban de su muerte, que iba a consumir en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y espabilándose vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: - Maestro, ¡qué hermoso es estar aquí! Haremos tres chozas: una para tí, otra para Moisés y otra para Elías. No sabía lo que decía. Todavía estaba hablando cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: - Este es mi Hijo, el escogido; escuchadle. Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto

Explicación

Cuando en la vida nos vengan momentos difíciles, que nos parezcan insuperables y que terminan con nosotros, no olvidemos que Jesús venció todo mal, incluso el de su muerte. Dios Padre le resucitó y le concedió toda la plenitud, toda la vida y toda la hermosura. Y Jesús quiso que, eso mismo, lo supieran sus amigos, quienes poco tiempo después le verían insultado, perseguido, apresado y condenado a morir, como si fuera un malhechor. Para que no se derrumbaran por la pena y el desánimo, les llevó al monte Tabor y ante ellos se transformó. Ese que vieron lleno de luz y pleno de blancura, es el que en la cruz parecía tener su destino último. No os desaniméis. Al final vence siempre la vida, el cariño, la verdad.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Narrador: En aquel tiempo, Jesús llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar.

Pedro: Maestro, ¡menuda caminata!

Jesús: No te quejes, Pedro, este lugar es hermoso para orar.

Juan: Desde luego, pero hay lugares hermosos un poco más abajo. ¡Llevamos horas andando!

Jesús: ¡Vale, Juan, vale! Descansad un poco mientras voy a orar con mi Padre.

Narrador: Jesús oraba y el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de lo blancos que eran.

Santiago: El Maestro ha tenido una buena idea, creo que me echaré una siestecita.

Juan: Yo haré lo mismo, Santiago, no quiero ni pensar en la bajada.

Pedro: No entiendo cómo el Maestro tiene fuerzas para rezar ahora.

Narrador: De repente dos hombres conversaban con Jesús: eran Moisés y Elías rodeados de la gloria del cielo.

Moisés: Ha llegado la plenitud de los tiempos. Tu sacrificio está próximo, Jesús, con él nacerá un orden nuevo.

Elías: Un orden basado en el amor y en la fraternidad universal de la sociedad, en el perdón y en la justicia divina.

Moisés: Un orden en el que la persona es el valor supremo de la sociedad. Pero para que la nueva sociedad aparezca, tú has de morir...crucificado en Jerusalén.

Elías: Así, lo ha dispuesto el Padre.

Jesús: No es un mensaje grato de escuchar, aun así...¡que se haga la voluntad del Padre!

Narrador: Pedro y los compañeros, espabilándose del sueño, vieron su gloria, y a los dos hombres que se alejaban. Y Pedro dijo a Jesús:

Pedro: ¡Maestro, Maestro, qué hermoso es estar aquí! Si quieres, haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías!

Narrador: Todavía estaba hablando, cuando una nube los envolvió. Se asustaron los discípulos. Una voz desde la nube decía: "Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle!"

Jesús: Vamos para abajo, los demás nos están esperando.

Narrador: Los discípulos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández